

las proposiciones de Francfort y las de Chatillon. Tal era el problema que habia que resolver y no otro. Por desgracia Napoleon fiaba demasiado en la vuelta de la fortuna para que se mostrara prudente, y realmente ahora lo podia esperar con fundamento, no mirando mas que la exterioridad de las cosas. ¡Ah que no podemos esperar lo nosotros, ni hacernos ilusiones á lo menos por un instante en esta triste relacion de los tiempos pasados, pues en 1814 no se trataba de un hombre, de un grande hombre, que es lo mas interesante del mundo despues de la patria, sino de Francia á la cual se podia aun salvar la mitad de su grandeza, para la cual aun se podia conservar á Maguncia con tal de sacrificar á Amberes!

LIBRO CINCUENTA Y TRES.

Primera abdicacion.

Estado interior de Paris durante las últimas operaciones militares de Napoleon.—Secretos manejos de los partidos.—Actitud de Mr. de Talleyrand: sus miras; envio de Mr. de Vitrolles al campo de los aliados.—Conferencias de Lusigny; instrucciones dadas á Mr. de Flahaut acerca de las condiciones del armisticio.—Esfuerzos tentados por nuestra parte para hacer prejulgar la cuestion de las fronteras trazando la línea divisoria de los ejércitos.—Retirada del principe de Schwarzenberg hasta Langres.—Gran consejo de los aliados.—El partido de la guerra á muerte quiere que los cuerpos de Wintzingerode y de Bulow se agreguen al ejército de Blucher á fin de proporcionarle los medios de marchar sobre Paris.—Lord Castlereagh zanja extraordinariamente la dificultad de quitar estos cuerpos á Bernadotte.—De esta coyuntura se aprovecha para proponer el tratado de Chaumont, que liga á la coalicion por veinte años, de cuyo modo viene á ser la base de la Santa Alianza.—Júbilo de Blucher y de su partido; su marcha para engrosarse con Bulow y Wintzingerode.—Peligro del mariscal Mortier, enviado mas allá del Marne, y de Marmont dejado entre este rio y el Aube.—Estos dos mariscales consiguen juntarse y contener á Blucher, mientras Napoleon vuela en su socorro.—Marcha rápida de Napoleon sobre Meaux.—Dificultad de pasar el Marne.—Cubierto Blucher por este rio trata de agobiar á los dos mariscales, que han tomado posicion detrás del Ourcq.—Napoleon cruza el Marne, se une á los dos mariscales, y persigue á Blucher, que se ve obligado á retirarse sobre el Aisne.—Situacion

casi desesperada de Blucher, amenazado con ser lanzado por Napoleón á este río.—La rendición de Soissons, con la cual adquieren los aliados el puente del Aisne, salva á Blucher de una destrucción segura y le proporciona con la incorporación de Wintzingerode y de Bulow un refuerzo de cincuenta mil hombres.—Situación crítica de Napoleón y su imposible firmeza ante este súbito cambio de fortuna.—Primera concepción del proyecto de marchar sobre las plazas fuertes, para allegar sus guarniciones y caer á la cabeza de cien mil hombres á espaldas del enemigo.—Ante todo es menester ir contra Blucher y darle batalla.—Napoleón gana el puente de Berry-au-Bac, y pasa el Aisne con cincuenta mil hombres á la vista de los cien mil de Blucher.—Peligros de la batalla que hay que dar con cincuenta mil combatientes á cien mil enemigos.—Razones que deciden á Napoleón á tomar la meseta de Craonne para trasladarse á Laon por el camino de Soissons.—Sangrienta batalla de Craonne, dada el 7 de marzo, y en la cual toma Napoleón las formidables posiciones del enemigo.—Napoleón, después de apoderarse del camino de Soissons, quiere penetrar en la llanura de Laon para consumar la derrota de Blucher.—Nueva y mas sangrienta batalla de Laon, dada los días 9 y 10 de marzo, é indecisa por culpa de Marmont que se ha dejado sorprender.—Napoleón queda obligado á retirarse hacia Soissons.—Su indomable energía en medio de su situación casi desesperada.—Teniendo cerca el cuerpo de Saint Priest, se le echa encima y le destroza en los alrededores de Reims, con muerte del caudillo.—Amenazado Napoleón con ser ahogado entre Blucher y Schwarzenberg se determina á ejecutar su gran proyecto de marchar sobre las plazas, para allegar sus guarniciones, y caer á espaldas de los aliados.—Sus instrucciones para la defensa de París durante su ausencia.—Consternación de esta capital.—Consultado el consejo de regencia, se inclina á que se acepten las proposiciones del congreso de Chatillon.—Indignación de Napoleón, que amenaza con encerrar en Vincennes á José y á cuantos hablen de someterse á las condiciones del enemigo.—Sucesos ocurridos en el Mediodía, y batalla de Orthez, de cuyas resultas se traslada el mariscal Soult á Tolosa y deja al descubierto á Burdeos.—Entrada de los ingleses en esta ciudad y proclamación de los Borbones el 12 de marzo.—Eco fatal de estos sucesos en París.—Viendo Napoleón el susto de la capital, hacia la cual el príncipe de Schwarzenberg ha avanzado sensiblemente, se resuelve á aparecer á espaldas del general austriaco, para desviarle de París y atraerlo de su lado, antes de marchar sobre las plazas.—Movimiento del Marne al Sena, y paso por Mery de este río.—De pronto se halla Napoleón delante de todo el ejército de Bohemia.—Batalla de Arcis-sur-Aube, dada el 22 de marzo, en la que veinte mil franceses hacen cara durante el día á ochenta mil rusos y austriacos.—Al fin Napoleón abraza el partido de volver á pasar el Aube y de cubrirse con este río.—Se traslada á Saint-Dizier con la esperanza de haber atraído al ejército de Bohemia en su seguimiento.—

Su proyecto de avanzar hasta Nancy para allegar cuarenta ó cincuenta mil hombres de las diversas guarniciones.—En el camino se le une Mr. de Caulaincourt, ya obligado á abandonar el congreso de Chatillon por consecuencia de la negativa á admitir las proposiciones de los aliados.—Fin del congreso de Chatillon y de las conferencias de Lusigny.—Napoleón no se arrepiente de nada de lo que ha hecho, y tampoco desespera de su fortuna.—Mientras dá tal sesgo á sus operaciones, los ejércitos de Silesia y de Bohemia, entre los cuales no está ya interpuesto, se juntan en los llanos de Chalons, y deliberan sobre la marcha mas conveniente.—Gran consejo de los aliados.—La razón militar induce á seguir á Napoleón, la razón política á correr á París y operar allí una revolución.—Por consecuencia de cartas interceptadas de la emperatriz y de los ministros, se acuerda la marcha sobre París.—Influencia del conde Pozzo di Borgo en esta coyuntura.—Movimientos de los aliados hacia la capital.—Habiéndose dejado Marmont y Mortier cortar de Napoleón, se hallan con todo el ejército de los aliados.—Triste jornada de Fère-Champenoise.—Retirada de los dos mariscales.—Aparición del grande ejército de los aliados bajo los muros de la capital de Francia.—Incapacidad del ministro de la Guerra é incuria de José, que nada han preparado para la defensa.—Consejo de regencia, en que se decide la retirada á Blois del gobierno y la corte.—En vez de organizar una defensa popular dentro de París, se concibe la desatentada idea de dar batalla fuera de sus muros.—Batalla de París, dada el 30 de marzo con veinte y cinco mil franceses contra ciento setenta mil aliados.—Denuedo de Marmont y de Mortier.—Forzosa capitulación de París.—Mr. de Talleyrand se ingenia para quedarse en la capital y apoderarse del espíritu de Marmont.—Entrada de los aliados en París; sus miramientos; actitud de las diversas clases de la población.—Agasajos de los soberanos respecto de Mr. de Talleyrand, á quien hasta cierto punto hacen árbitro de los destinos de Francia.—Sucesos ocurridos en el ejército durante la marcha de los aliados sobre París.—Brillante combate de Saint-Dizier; circunstancia fortuita que desengaña á Napoleón y le pone al fin de manifiesto que no le han seguido los aliados.—El peligro evidente de la capital y el clamor del ejército le determinan á desandar camino.—Su precipitada vuelta.—Para llegar mas pronto, se separa Napoleón de sus tropas, y llega á Fromenteau entre las once y las doce de la noche, cabalmente á la hora en que se firmaba la capitulación de París.—Su desesperación y su enojo; prontitud con que se repone.—De repente forma el proyecto de arrojar sobre los aliados diseminados en la capital y divididos á las dos márgenes del Sena; pero, como aun no tiene su ejército á la mano, se propone ganar con negociaciones los tres ó cuatro días que necesita para reunirlos.—Encarga á Mr. de Caulaincourt que vaya á París á fin de ocupar á Alejandro en negociaciones, y se retira á Fontainebleau con designio de concentrar allí sus tropas.—Mr. de Caulaincourt acepta la misión que se le confía, si bien con la secreta

resolucion de firmar la paz á cualquier precio.—Acogida que hace á Mr. de Caulaincourt el emperador Alejandro.—Desarrollado tras el triunfo este principe figura como el mas templado de los vencedores.—Sin embargo no promete mas que un trato decoroso á la persona de Napoleon.—Los soberanos aliados, menos el emperador Francisco, retirado á Dijon, celebran consejo en casa de Mr. de Talleyrand, para deliberar acerca del gobierno que conviene dar á la Francia.—Principio de la legitimidad bien expresado y sostenido por Mr. de Talleyrand con energia.—Declaracion de los soberanos de que no trataran con Napoleon.—Convocatoria del Senado; formacion de un gobierno provisional, á cuya cabeza se halla Mr. de Talleyrand.—Alegria de los realistas; sus esfuerzos para que sean inmediatamente proclamados los Borbones; viaje de Mr. de Vitrolles en busca del conde de Artois.—Mr. de Talleyrand, y algunos hombres de luces, por quienes está rodeado, templan el impulso de los realistas, y quieren que se redacte una constitucion que sea la condicion expresa de la vuelta de los Borbones.—Anhelo con que Alejandro se asocia á estas ideas.—Destitucion de Napoleon pronunciada el 3 de abril, y redaccion de una constitucion monárquica á la par que liberal por el Senado.—Vanos esfuerzos de Mr. de Caulaincourt á favor de Napoleon, tanto cerca de Alejandro como del principe de Schwarzenberg.—Se le envia á Fontainebleau para persuadir á Napoleon á que abdique; al propio tiempo se trata de ganar á los generales.—A tenor del consejo de Mr. de Talleyrand se dirigen todas las tentativas de seducion contra el mariscal Marmont, que forma la cabeza de columna del ejército en Essona.—Sucesos de Fontainebleau al mismo tiempo que los de Paris.—Grandes proyectos de Napoleon.—Su convencimiento de anonadar á los aliados dentro de Paris, si se le presta ayuda.—Sus disposiciones militares, y su estremada confianza en Marmont, situado sobre el Essona.—Respuestas evasivas que dá á Mr. de Caulaincourt y sus secretas resoluciones para el dia siguiente.—Junta el ejército el 4 de abril, y anuncia la determinacion de caer sobre Paris.—Entusiasmo de los soldados y de los oficiales, poco antes abatidos, y consternacion de los mariscales.—Estos, haciéndose intérpretes de todos los hombres cansados, dirigen á Napoleon las mas vivas representaciones.—Napoleon les pregunta si quieren vivir bajo los Borbones.—Ante su respuesta unánime de que quieren vivir bajo el rey de Roma, le ocurre la idea de enviarlos á Paris con Mr. de Caulaincourt para obtener la transmision de la corona á su hijo.—Interin finge asentir á esta transaccion, continua resuelto á la gran batalla dentro de Paris, y hace todos los aprestos para darla.—Partida de los mariscales Ney y MacDonald con Mr. de Caulaincourt para ir á negociar la regencia de Maria Luisa en cambio de la abdicacion de Napoleon.—Su encuentro con Marmont en Essona.—Embarazo de éste al confesarles que ha tratado secretamente con el principe de Schwarzenberg y prometido pasarse al gobierno provisional con su cuerpo de tropas.—Ante las observaciones de ellos retira la pa-

labra dada al principe de Schwarzenberg, manda á sus generales, á quienes se habia ya impuesto en el secreto, que suspendan todo movimiento, y sigue á Paris á la diputacion encargada de negociar á favor del rey de Roma.—Entrevista de los mariscales con el emperador Alejandro.—Este principe, conmovido un instante, aplaza la decision para el siguiente dia.—Entretanto, habiendo mandado Napoleon ir á Marmont á Fontainebleau para preparar su gran operacion militar, se creen descubiertos los generales del sexto cuerpo, dejan el Essona, y ejecutan el proyecto suspendido sin su jefe.—Semejante noticia acaba de determinar á los soberanos aliados, y de resultas queda definitivamente abandonada la causa del rey de Roma.—Mr. de Caulaincourt vuelto á enviar cerca de Napoleon para obtener su abdicacion pura y simple.—Privado Napoleon del cuerpo de Marmont, y no pudiendo ya intentar nada de monta, abraza el partido de abdicar.—Vuelta de Mr. de Caulaincourt á Paris y sus esfuerzos por lograr un trato decoroso á favor de Napoleon y de la familia imperial.—Generosidad de Alejandro.—Mr. de Caulaincourt alcanza la isla de Elba para Napoleon, el gran ducado de Parma para Maria Luisa y el rey de Roma, y pensiones para toda la familia imperial.—Su regreso á Fontainebleau.—Tentativa de Napoleon para suicidarse.—Su resignacion.—Elevacion de sus ideas y de su lenguaje.—Constitucion del Senado, y entrada del conde de Artois en Paris el 4 de abril.—Entusiasmo y esperanzas de los parisienses.—Partida de Napoleon para la isla de Elba.—Ojeada general sobre las grandezas y las faltas del gobierno imperial.

Napoleon queria dar algun solaz á la ciudad de Paris tan alarmada poco antes, y hacerla gozar de sus triunfos, y sobre todo queria que cobrara alientos, de lo cual resultaba formal ventaja para la organizacion de sus fuerzas, porque de un pueblo desanimado no se saca ningun auxilio. De consiguiente dispuso una ceremonia militar y religiosa para la recepcion de las banderas, y la entrada de los veinte y cinco mil prisioneros, que se acababan de coger al enemigo. Su voluntad era, que llevados estos prisioneros por medio de Paris de Este á Oeste, anduvieran toda la extension de los bulevares, á fin de que los parisienses vieran con sus propios ojos la realidad de las maravillas que su

emperador habia operado. En semejante coyuntura el cálculo disculpaba el orgullo.

Con efecto, á la noticia de la llegada de estos prisioneros, se agolpó la poblacion de París á los bulevares para ver desfilar juntamente á prusianos, austriacos y rusos, todos sin armas y conducidos por sus oficiales y por sus generales. Sin ir arrogantes, no se mostraban consternados, y en su rostro se podia echar de ver otro sentimiento que el que revelaban en un tiempo los prisioneros de Austerlitz y de Jena. Se les notaba cierta confianza y un verdadero orgullo por haber sido capturados tan cerca de la capital de Francia.

A pesar del cansancio de la arbitrariedad imperial y del convencimiento comun de los inconvenientes de un despotismo que, despues de haber llevado la guerra hasta el Kremlin, la traia á la misma falda de Montmartre, dominada la muchedumbre por las impresiones del momento, no podia menos de aplaudir los últimos triunfos de Napoleon, y de experimentar la satisfaccion mas viva al ver desfilar derrotados y cautivos á aquellos soldados extrangeros, á quienes todos habian temido ver entrar en París triunfantes y devastadores. Por lo demás, con la delicadeza natural á la nacion francesa, no se les hizo ofensa alguna. ¡Ah, que hubiera sido imprevision grande obrar de otro modo! Tras el primer instante de alegría sintióse cada cual movido á lástima ante la miseria de los prisioneros, y mas de un alma buena y compasiva dejó caer sobre ellos una limosna recibida con gratitud verdadera.

En la corte presentaron mas sereno aspecto las cosas. Muchos personajes acudieron á visitar á la

emperatriz y al rey de Roma, y particularmente aquellos altos empleados, que al considerar el trono imperial en peligro, se habian ingeniado en desviarse para no ser aplastados bajo sus ruinas. Se volvieron á presentar alegres, aunque zozobrosos algunos del recibimiento que se haria á sus personas, todos encomiando la gloriosa campaña de cuya temeridad se lamentaban algunos dias antes, y tras de repetir la víspera ó la antevíspera hasta la saciedad, que era locura no aceptar las fronteras de 1790, tronando hoy contra una paz tan deshonrosa, y declarando á voces que las bases de Francfort debian ser condicion precisa de la paz futura. Harto extraña María Luisa á nuestro pais para conocer y juzgar á tales hombres, casi tan perturbada por el gozo como poco antes lo habia estado por el miedo, á cuantos se presentaron hizo buena acogida, y se lisonjeó casi de que ante sus ojos renacerian brevemente los hermosos dias de su primera llegada á Francia (1).

Esta alegría y las inconsecuencias que trae consigo y excusa no se notaban en los partidos enemigos. Aun cuando fuesen dos estos bandos, el de los antiguos revolucionarios y el de los realistas, no concordaban en sentir los triunfos de Napoleon el uno y el otro. Casi regocijaban á los re-

(1) No forjo nada, pues tomo estos datos de la correspondencia del ministro de Policía y de la del archicanciller, que informaban á Napoleon de los mas mínimos pormenores. Se lo advierto al lector por centésima vez y última por fortuna, pues toco al término de mi tarea. Pero no me canso de poner á cubierto mi responsabilidad de historiador, y es un escrúpulo que se me perdonará en gracia de que sin duda testifica mi amor á la verdad.

volucionarios á causa del miedo al extranjero y del odio hácia los Borbones. Mas los realistas, después de haber esperado un momento la vuelta de sus príncipes queridos, se preguntaban con sentimiento si habrían de renunciar de súbito á tal esperanza. Una excusa buscaban á sus votos secretos en las desventuras que Napoleon habia atraído sobre Francia, y cualquiera mano, aun siendo la del extranjero, les parecia buena para librarse de tan odioso despotismo. Sin embargo, se contentaban con formar votos y permanecían sin acción alguna. Todos sus esfuerzos contra el gobierno imperial se reducían á conversaciones en voz baja entre los miembros de la antigua nobleza y del clero, á rumores malévolos que abultaban nuestros reveses y ponían en duda nuestras victorias, y á una resistencia inerte á las providencias administrativas. Los emigrados, que desde la revolución moraban en el extranjero al lado de los Borbones, casi habían perdido la costumbre de sostener correspondencia con lo interior de Francia. Ahora lo intentaban sin que advirtieran grande prisa por responderles, y en las provincias amenazadas de invasión, por ejemplo, nadie osara correr á su encuentro para proclamar á los Borbones. Apenas se atrevían algunos realistas á aventurar una manifestación en las ciudades sólidamente ocupadas por los ejércitos aliados. Dos antiguos caballeros de San Luis presentaron en Troyes á Alejandro una solicitud para pedir el restablecimiento de los Borbones, y tal imprudencia debia costar muy cara á estos infelices. En París se citaba á dos miembros de la antigua nobleza, Mrs. Polignac, que trasladados de su prisión á una casa de salud, se evadieron para ir

de su cuenta y riesgo á ofrecer al conde de Artois su adhesión acrisolada.

Evidentemente nada formal podían intentar estos hombres, harto ajenos de veinte y cinco años atrás á las cosas de Francia para que ejercieran algún influjo. Se necesitaba que miembros del gobierno actual, unos descontentos por haberles maltratado Napoleon, otros deseosos de asegurar su situación bajo un régimen nuevo, alargasen la mano á los realistas, para que se urdiera en su favor alguna trama, por poco eficaz que fuera, y muy á escondidas en todo caso. Algo parecido se fraguaba ahora, pero muy secretamente y temblando mucho.

De todos los descontentos que el régimen imperial habia hecho, Mr. de Talleyrand era el de mas nota, y el que mas daba en qué pensar así á los amigos de los Borbones como á los amigos de los Bonapartes. Objeto era de las esperanzas de los unos y de los temores de los otros, y aunque estaba en posición y hasta en vísperas de representar una gran figura, se exageraba lo que podía y lo que se atrevería á hacer sobremanera. No admitía duda que, llegada la hora, vencido Napoleon por completo, dentro de París el enemigo, Mr. de Talleyrand era el único hombre apto para constituir un nuevo gobierno sobre las ruinas del gobierno derrocado; pero no pasaba de ser un falso terror de la policía imperial y una ilusión de los salones realistas la hipótesis de que pudiera y quisiera tomar la iniciativa de una revolución, mientras la bandera tricolor ondeara sobre las Tullerías. De fijo la mala voluntad de Mr. de Talleyrand hácia Napoleon rayaba en el último grado; pero ni sus recursos ni su temeridad estaban al nivel de su male-

volencia. Al rehusar dos meses antes la cartera de los Negocios Extranjeros, principalmente porque no se le quería conservar su calidad de gran dignatario, habia roto con el imperio casi del todo, y según se ha visto, la misma víspera de su partida para el ejército le habia tratado Napoleon de una manera propia á inspirarle las mas vivas zozobras. Algunas insinuaciones de personas relacionadas con los Borbones le afirmaron lo que ya sabia perfectamente, que los servicios de un obispo casado serian muy aceptos para los príncipes mas piadosos, por que no hay nada que no se olvide ante los servicios, no prestados, sino por prestar. Nunca tienen mas memoria que la que les conviene los partidos; según la necesidad del día, se acuerdan ó se olvidan de todo. Mr. de Talleyrand, con su profundo conocimiento de los hombres y de las cosas, no tenia ya que aprender que su carrera, terminada con los Bonapartes, sin dificultad volveria á empezar con los Borbones. Pero conocia al duque de Rovigo, abierto, familiar, amistoso hasta con aquellos sobre quienes ejercia su vigilancia, y sin embargo capaz á la primera sospecha grave ó á la primera orden de Napoleon, de echar su ruda mano de soldado sobre un manto de gran dignatario. Asi Mr. de Talleyrand se mostraba extremadamente circunspecto.

Dentro de su casa, en un palacio de la calle de San Florentino, que vino á ser célebre muy pronto, Mr. de Talleyrand recibia á Mr. Dalberg, al abate de Pradt y al baron Luis entre otros personajes. Vástago el duque de Dalberg de la ilustre familia de este apellido en Alemania, sobrino del príncipe Primado, enemigo al principio y amigo

después del imperio, bien dotado en la época de las secularizaciones, indispuesto algun tiempo después con Napoleon, á causa de haber trasferido éste al príncipe Eugenio la herencia del príncipe Primado, personaje de pequeña estatura, de modales alemanes á la vez y franceses, de fisonomía animada, de humor inquieto, de opiniones francamente liberales, de talento de nota y finísimo sobre todo, á menudo habia soltado la rienda en casa de Mr. de Talleyrand á su descontento, con tal osadía, que atrajo una desgracia de corte á su joven esposa. De resultas se irritó y manifestábase sin disimulo. Relegado el abate de Pradt á su diócesis desde su triste embajada de Varsovia, á cuyas dificultades habia añadido los defectos de su carácter, se vino á París después de nuestros últimos reveses, y con su lenguaje hacia coro al duque de Dalberg, de manera de ser oido por la policía mas sorda. Lo que es el baron Luis, aplicado exclusivamente á las ciencias económicas después de haber estado á punto de tomar las órdenes sagradas, dotado de un verdadero genio rentístico, espíritu vehemente á la par que firme, amigo de la libertad dentro de los límites que autoriza una política prudente, aborrecia el régimen imperial por las razones propias de un hombre ilustrado, y de buena voluntad frecuentaba una tertulia, donde además de muchas luces hallaba todas las pasiones que hervian en su pecho.

De continuo se encontraban en casa de Mr. de Talleyrand estos personajes y algunos otros, y allí expresaban sus sentimientos mútuos. Con la vivacidad característica de su porte decia el petulante abate de Pradt que convenia simplemente poner á

los Borbones en lugar de los Bonapartes; el duque de Dalberg no lo decia tan por lo claro, aunque lo deseaba no menos, y era capaz de trabajar en tal sentido con mas fruto; y el baron Luis clamaba porque se pusiera término á un despotismo, que de dos años atrás frisaba ya con lo extravagante. Mr. de Talleyrand con su indolencia de costumbre oia lo bastante para alentar á los que se expresaban de este modo, mas no para quedar comprometido personalmente. No obstante á las veces se franqueaba con uno de estos tertulianos, con dos por rareza, y lo hacia mas con el duque de Dalberg, por estar muy al cabo de su audacia, de su destreza, de sus numerosas relaciones, y por ser de quien podia esperar eficaz ayuda. Al abate de Pradt le tenia por un atolondrado, al baron Luis por un sábio administrador, excelente para emplearlo á tiempo, mas no les confiaba cosa alguna porque á la sazón de nada le servia la ligereza del uno ni la formalidad del otro. Les dejaba decir con sonrisa aprobadora á la par que evasiva, y despues de escucharles, salia de su casa é iba á visitar al duque de Rovigo, bajo pretexto de saber noticias; le daba muestras del interés mas vivo por los triunfos del ejército francés; aparentaba deplorar la inhabilidad de la mayor parte de los agentes de Napoleon; no omitia añadir que era una desgracia que tan grande hombre estuviese tan mal servido; y en esto hallaba al duque de Rovigo perfectamente de acuerdo, porque este ministro, disgustado de los mas de sus colegas, quejoso de que Napoleon desoyera sus amonestaciones, dolido de que se hubiera separado de Mr. de Talleyrand, era de aquellos ante quienes se podia hacer una crítica mesu-

rada del estado de las cosas, con tal de que emanara de adhesión y no de deseo de trastorno. Afectando Mr. de Talleyrand con el duque de Rovigo pertenecer al número de los censores que critican por que aman, no engañaba á su perspicaz interlocutor mas que á medias, si bien lo bastante para atenuar el efecto de las especies que se echaban á volar en el palacio de la calle de San Florentino. De vuelta en su casa permitia nuevamente las conversaciones mas atrevidas, solo revelaba al duque de Dalberg su anhelo por sacudir un yugo insostenible, y al buscar en su compañía los medios de salir con la empresa, no se le alcanzaba de ningún modo. Tentar algo mientras los extranjeros estaban tan lejos de París, le parecia impracticable. Sobre todo llamaba la atención del duque de Dalberg y de Mr. de Talleyrand la circunstancia de que, tubeando entre el Sena y el Marne los aliados y negociando en Chatillon, facilitaban á Napoleon las únicas eventualidades de salvarse. A sus ojos, romper toda negociacion con él, presentarle así á Francia como el único obstáculo para la paz, aprovechar una de sus idas y venidas para penetrar hasta la capital, era la única manera de acabar de plano. Apenas los aliados asomaran á las puertas de París se tomaria con vigor la ofensiva, se proclamaria á Napoleon destituido, y de esta suerte se romperia en sus manos la espada que casi era imposible arrancarle.

Esto era lo que Mrs. de Talleyrand y Dalberg hubieran querido hacer llegar á oídos de los soberanos aliados, mas como prueba singular de no existir entre los de dentro y los de fuera sino concierto muy escaso, no se pudieron proporcionar con-

ducto para comunicar estas ideas; y al conseguir su evasión Mrs. de Polignac, nada llevaron de Mr. de Talleyrand ni del duque de Dalberg, únicos hombres capaces á la sazón de servir á la causa de los Borbones.

Con todo, vivia en París un caballero del Delfinado, hombre de mucho valor y talento, comprometido en el ejército de Condé tiempos antes, siempre con sentimientos realistas, á pesar de haberse acercado á su compatriota Mr. de Montalivet, quien le hizo obtener título de baron y de inspector de las cabañas imperiales. Pero, mal ligado al imperio por estas flojas mercedes, se le saltaba el corazón ante la sola esperanza de tornar á ver en Francia á los Borbones. Este caballero delfinés se llamaba Mr. de Vitrolles. Aficionado á tratar con los hombres de viso, por curiosidad y por ambición, relacionóse con el duque de Dalberg, que conocia á todos los hombres de movimiento y de quienes también era conocido, y por el duque de Dalberg se introdujo en casa de Mr. de Talleyrand, á quien visitaba algunas veces. Al buscar Mr. de Dalberg una persona intermedia y arriscada que no temiera dirigirse al cuartel general de los aliados, para transmitir los pensamientos de Mr. de Talleyrand y los suyos propios, se fijó en Mr. de Vitrolles, y hallóle dispuesto á emprender tal viage. La dificultad estribaba en acreditar á Mr. de Vitrolles cerca de las eminencias, soberanos ó ministros, que residían ya en Langres, ya en Brienne, ya en Troyes, según las alternativas de la guerra. Solo un hombre lo podía efectuar de suerte que al instante fuera acogido el individuo que se presentara en su nombre, y este era

Mr. de Talleyrand; pero por nada confiara á quien quiera que fuere una prueba positiva de su acción contra el gobierno establecido, y por consiguiente, se negara á enviar otra cosa que muy sanos consejos para ser transmitidos verbalmente á los soberanos y á los ministros de la coalición. Mr. de Dalberg, que no se andaba con medias tintas cuando podía dar un paso hácia su objeto, se aventuró á lo que Mr. de Talleyrand no osaba ni por asomo. Aleman de origen, habia tratado mucho á Mr. de Stadion en Viena; así dió á Mr. de Vitrolles algunos signos de reconocimiento adecuados á comprobar de un modo patente que el portador de ellos iba de su parte, y le puso en camino con el encargo de manifestar lo que acaba de ser expuesto, lo que el conde Pozzo di Borgo repetía cotidianamente al emperador Alejandro, á saber que convenia romper toda negociación con Napoleon y marchar sobre París en derechura. A los ojos de Mr. de Dalberg el armisticio, que al parecer se negociaba en las avanzadas, según cundia ya en París de boca en boca, era una razón mas para darse prisa, y hacer cuanto antes llegar á noticia de los aliados que toda mano que alargasen á Napoleon le volvería á levantar en el mismo instante de su caída. Después de conferenciar con los ministros y los soberanos extranjeros, Mr. de Vitrolles debia ir en busca del conde de Artois, á quien se suponía en el Franco Condado, para darle también consejos provechosos, de que necesitaba aun mas este príncipe que los ministros de la coalición. Por el camino de Sens partió Mr. de Vitrolles con pasaporte falso y sin que el duque de Rovigo rastrease nada, por no estar en el secreto mas que Mrs. de

Talleyrand, de Dalberg y el comisionado. Necesitando cruzar por entre los ejércitos franceses y aliados, tenía que vencer numerosas dificultades, sin posibilidad de llegar pronto al cuartel general donde hacia rumbo.

Mientras se preparaban así los sordos manejos, que debían contribuir á la caída de Napoleon, aun cuando menos que sus faltas, éste entró en Troyes, y atendió al armisticio, cuya propuesta había aceptado. Como recurso para ganar tiempo á los aliados y para perderlo personalmente, no le convenia el armisticio de seguro, pues deseaba, por el contrario, darles pronto alcance y una batalla decisiva. Pero si le convenia la suspension de armas como medio de negociar mas directamente, mas á su intermediacion y bajo la influencia de los golpes que descargaba de continuo. Así consintió en enviar á las avanzadas un ayudante de campo, y el conde de Flahaut fué el elegido. Sus instrucciones (1) le prescribían desechar toda suspension de armas durante estos parlamentos, no queriendo que por un cambio de frases, quizá no de monta, el principe de Schwarzenberg encontrara escape; exigir un preámbulo en que se empezara por declarar que se iba á tratar sobre las bases de Francfort; y, finalmente, trazar la línea de separacion de los ejércitos beligerantes de modo que implicara la conservacion de Maguncia y Amberes para Francia. Si estas condiciones eran admitidas, Napoleon po-

(1) Estas instrucciones existen en la secretaria de Estado, y no eran puramente verbales, como se ha dicho por algunos. Por tanto, consta su sentido de una manera terminante.

día deponer las armas del todo, puesto que probablemente no necesitaria empuñarlas de nuevo, teniendo la intencion formal de no proseguir la lucha, si se le dejaba la línea del Rhin y de los Alpes. Mas soltar las armas sin la garantía de las bases de Francfort, era á sus ojos perder todas las ventajas adquiridas, ahora que juzgaba estar de su parte la fortuna.

Mr. de Flahaut partió de Troyes el mismo día 24 en que Napoleon entró en este punto, y dirigióse á la aldea de Lusigny, distante tres leguas, donde halló á Mrs. de Schouwaloff por Rusia, de Rauch por Prusia y de Laugenau por Austria. A la sazón, empujando el mariscal Oudinot á la retaguardia enemiga sobre Vandoeuvres, acribillaba á balazos el mismo lugar donde se iban á reunir los negociadores. A petición de Mr. de Flahaut se llevó el combate á otro punto, quedando la aldea de Lusigny neutralizada.

Al parecer los enviados de las potencias aliadas querían una solucion pronta: así Mr. de Flahaut enunció las condiciones de que era portador sin tardanza, y propuso dos cosas; primera la continuacion de las hostilidades durante los parlamentos; segunda la insercion de un preámbulo que consagrara las bases de Francfort. Estos dos puntos no eran de índole propia á agradar á los comisionados contrarios, porque el primero quitaba su principal interés al armisticio, y el segundo le daba un sesgo contrario á las miras de la coalicion. Visiblemente descontentos los tres comisarios declararon que, para tocar cuestiones diplomáticas, no tenían poder alguno, por reducirse su mision única á suspender momentáneamente las hostilidades